



Fotografías de  
**Gabriel**  
**Carvajal**  
PREMIO  
NACIONAL de  
PERIODISMO  
1982

**MADRID** CRÓNICA DE UN CAMBIO

*Temporae*  
**T**

ediciones  
LA LIBRERÍA

Todas las noticias sobre este y otros libros en  

**Temporae y Ediciones La Librería**

© 2013, Gabriel Carvajal Chinchón

© 2013, de esta edición: Temporae y Ediciones La Librería

C/ Mayor, 80

28013 Madrid

Tel.: 91 541 71 70

E-mail: [info@temporae.es](mailto:info@temporae.es)

<http://www.temporae.es>

<http://www.edicioneslalibreria.es>

Diseño de cubierta y maquetación: Javier Fernández Lizán

ISBN: 978-84-15801-04-7

Depósito legal: M-14232-2013

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*A mi mujer, Consuelo, y a mis  
hijos, Gabriel, Laura y Cheli,  
por su dedicación y entrega*





## ÍNDICE

Mi resurrección profesional por Gabriel CARVAJAL	10
Aquella época del diario Ya por Luis MILLA	15
Un caballero con y sin cámara por Marisa FLÓREZ	19
La verdad de la memoria por Juan Miguel SANCHEZ VIGIL	21
Fotografías Gabriel Carvajal	29
Premio Nacional de Periodismo 1982	149

# MI RESURRECCIÓN PROFESIONAL

por Gabriel CARVAJAL



Quiero plasmar en estas líneas un capítulo de agradecimientos al ver editado este libro sobre las últimas cuatro décadas de mi trayectoria de fotoperiodista, de los años cincuenta hasta 1989, que resumen la variada labor de un profesional dedicado a congelar los hechos que sucedieron en la historia.

Nacido en Lavapiés en septiembre de 1932, en el seno de una familia de trabajadores, pronto me quedé sin padre, víctima de la represión que sufrieron los que perdieron la guerra. Un hombre, Gabriel Carvajal Alcaide, de profesión panadero, muy culto y de izquierdas, del que me siento orgulloso por la actuación ejemplar que fue una constante en su vida. Mariano García Gala, padre de la que fue diputada Carmen García Bloise, me dio de él la definición más hermosa que pude oír: «Tu padre fue un segundo Pablo Iglesias». Al morir él tras salir muy enfermo de la cárcel, donde había estado casi dos años, mi madre, mis hermanas y yo nos encontramos sin ninguna protección social. Como solía decir mi madre, nos quedamos con «la noche y el día». Todos tuvimos que trabajar para aportar nuestros menguados jornales a la economía doméstica.

El 13 de febrero de 1945, con doce años, me coloqué como «chico del magnesio» (daba el *flash* encendiendo con una mecha los polvos de magnesio depositados en

13 de febrero de 1945. Primer día que empecé a trabajar como «chico del magnesio» de Santos Yubero, que me hizo esta foto en la puerta de los estudios Augustus Films (calle Libertad, 24), adonde había ido con él para «iluminar» a la actriz Mari Delgado

una cazoleta) con Martín Santos Yubero, responsable de la sección gráfica del periódico *Ya*. A este señor le tuve de jefe durante treinta años y todo el trabajo de fotoperiodista que hice, así como el de los demás compañeros con los que coincidí, y los que estuve en el periodo anterior al mío, quedó en su poder, en un archivo que hoy pertenece a la Comunidad de Madrid y del que se sirven medios de comunicación y editoriales cuando tratan temas retrospectivos. Estas imágenes se firman como si todas hubieran sido realizadas por él. Siendo generoso, creo que Santos Yubero será el autor de un quince por ciento del fondo fotográfico que lleva su nombre en el Archivo Regional.

A la redacción del *Ya* entré en 1955 y permanecí en ella hasta mi jubilación. Quiero apuntar que también cubríamos la información gráfica para el semanario *Digame*, pero como curiosidad he de señalar que el único que cobraba un sueldo por ello era el jefe...

Aunque la peor anécdota que puedo contar del desempeño de mi profesión sucedió el 26 de mayo de 1979. Durante el entierro de tres altos mandos militares y de su conductor, todos ellos asesinados por ETA, sufrí la agresión de unos ultras que me derribaron del techo de un camión al que me había subido para obtener mejores imágenes. Esto me causó heridas que tardaron ocho meses en curarse y me dejaron secuelas de por vida.

En el verano de 2008 leí que en la Biblioteca Pública de Villa de Vallecas había una exposición de Santos Yubero. Llamé a *El País* para, a través de mis compañeros de ese diario, aclarar lo que he comentado acerca de la autoría de las fotografías: que el fondo Santos Yubero es la obra de un equipo de personas. La editora gráfica, Marisa Flórez, que me honra con su amistad, estaba de vacaciones. Me atendió el gran

profesional y querido amigo Ricardo Gutiérrez. El 31 de agosto de ese año, *El País* publicó una entrevista que me hizo la periodista Rosa Rivas con fotografías de Santi Burgos; después llegaron Publio López Mondéjar y Lucía Laín, organizadores de la muestra *Crónica fotográfica de medio siglo de vida española 1925-1975*, con más de 300 imágenes atribuidas a Santos Yubero, y por primera vez quedó claro que lo que se exponía no era obra exclusiva del mencionado autor.

A partir de entonces ha empezado un periodo que yo defino como «mi resurrección profesional» puesto que, jubilado desde 1989, yo vivía en un estado de tranquilidad que me proporcionaba mi familia, encabezada por mi esposa Consuelo, a quien dedicaré unas líneas más adelante.

Ahora, Ediciones La Librería y Tempora e publican una diversidad de temas de algunas de mis imágenes, que reflejan la labor de los fotógrafos de prensa de entonces, encargados de cubrir cualquier noticia de actualidad, ya fuera de deportes, tribuna o sucesos, acompañando a los redactores de prensa o «plumillas». Este libro ha sido posible gracias a que tomé la previsión de guardar una copia en papel de algunas de mis fotografías, empezando con las de temática taurina de los años cincuenta, conservando así una pequeña parte de mi extenso trabajo.

Es necesario señalar que no empecé a firmar con mi apellido las imágenes publicadas en el *Ya* hasta que lo ordenó en 1960, con la oposición de Santos Yubero, don Aquilino Morcillo, el director del periódico por aquella época. Antes de esta fecha, las hiciera quien las hiciera del equipo de redacción gráfica, la firma que aparecía era la de Santos Yubero. Quizá el hecho de que hubiese empezado a trabajar con él cuando yo era apenas un niño puede explicar tanto

el autoritarismo que ejercía Santos Yubero como mi propia sumisión.

No quiero dejar de evocar a quienes compartimos, en periodos más o menos largos, el trabajo con Santos Yubero, y cuya obra también fue a parar al Archivo Regional de la Comunidad de Madrid. Sobre todo, los que estuvimos más años con él, aportando nuestro esfuerzo, y soportando horarios inflexibles y vacaciones reducidas. A todos los compañeros del periódico les tengo gran afecto, pero quiero mencionar a cuatro muy especiales: al gran profesional, el recordado Lucio Soriano, con quien conviví día a día durante cuarenta años; el entrañable Joaquín Marco, el apreciado José Cuadrado y mi querido Luis Milla, todo corazón y toda sensibilidad, con quien todavía mantengo una estrecha amistad.

Asimismo, son tantos los compañeros de otros medios que también me han honrado con su amistad que para no olvidarme de algún nombre, no daré ninguno. Recordaré a los que ya no están con nosotros: Teodoro Naranjo, Eduardo Cáliz, Antonio Gabriel, Daniel Blanco (conocido por Tomás), Ignacio Teresa, Luis Millán, Rafael Pascual, Juanito Verdugo... De los más veteranos quiero nombrar a Virgilio Muro, Manuel Urech (a quien estas mismas editoriales dedican un libro), Hermes Pato, Gerardo Contreras, Manuel Sanz Bermejo, José Pastor y Jaime Pato.

A su vez, esta profesión me ha permitido conocer a primeras figuras de todos los ámbitos. Incluso recuerdo dónde estaban las casas en las que les retraté. Aquí van algunas: Azorín, en la calle de Zorrilla; Pío Baroja, en Ruiz de Alarcón (él mismo me abrió la puerta); su sobrino, Caro Baroja, en Alfonso XII; el maestro Moreno Torroba, en Goya; el maestro Guridi, en Sagasta; José María Pemán, en Felipe IV; Gila, en

Carranza; Miguel Mihura, en General Porlier; Jacinto Benavente, en Atocha y en su finca de Galapagar (donde también cubrí su entierro); Luis Rosales, en Altamirano; Alfonso Paso, en Reina Victoria; Juan de Ávalos, en Agustín Querol; César González Ruano, en Ríos Rosas; Celia Gámez, en la calle Recoletos; Pastora Imperio, en O'Donnell; Rocío Jurado, en Núñez de Balboa; Natalia Figueroa, de soltera, también en Núñez de Balboa; Marisa Medina, en Cavanilles; Dionisio Ridruejo, en Diego de León; Rocío Dúrcal, en el paseo de la Castellana; Carmen Sevilla, de soltera, en Chinchilla; Julio Iglesias, también de soltero, en Benito Gutiérrez (más tarde cubrí su boda en Illescas con Isabel Preysler en una capilla tan pequeña que solo cabían los contrayentes y la nube de fotógrafos –algunos de los cuales se subieron al altar durante la ceremonia–, mientras los invitados veían la ceremonia desde el jardín); Antonio Bienvenida, en la mítica casa familiar de Príncipe de Vergara, en Castelló y en María de Molina; Marcial Lalanda, en Martínez Campos; Domingo Ortega, en Fernández de la Hoz; Fernando Rey, en Almagro; Marisol, en María de Molina; Paco Rabal, cerca de López de Hoyos y de Arturo Soria; Julia Font, en Alameda; Ignacio Zuloaga, en Las Vistillas; Antonio *El bailarín*, en la calle Coslada...

Mi vida profesional ha tenido, como es natural, claroscuros. Como ya he referido, empecé a «dar magnesios» a los 12 años, obligado a trabajar para ayudar a la precaria economía de mi familia; por lo tanto, no llegué a la fotografía por vocación, pero cuando la conocí ya no quise dedicarme a otra cosa.

Mi trabajo tuvo dos etapas: una hasta que el jefe, Santos Yubero, se jubiló en 1974 y otra a partir de entonces, que fue un periodo de liberación y de poder expresarme sin sus injerencias.



A lo largo de cuarenta años he sido testigo de momentos importantes, por no decir históricos, pero de lo que me siento más orgulloso es de haber contado con el reconocimiento de los colegas de otros medios, que siempre me han considerado una buena persona.

Fotográficamente, durante la dictadura se cubría básicamente la vida oficial, los deportes, los toros y poco más. La máxima crítica que podías hacer eran las denuncias de deficiencias locales. También estaban las manifestaciones que no habían sido autorizadas, donde se nos impedía trabajar y quedábamos expuestos a la represión policial.

Con la llegada de la democracia y la libertad, la información gráfica se ha revitalizado mucho, aunque persiste la peligrosidad en los conflictos violentos que están a la orden del día. Es allí donde los profesionales de la cámara nos están dando las mayores lecciones de periodismo gráfico.

Porque el fotoperiodista ha de tener una sensibilidad especial para captar esa imagen que valga más que mil palabras. Y sumada a esta aptitud, las nuevas técnicas han abierto caminos insospechados, plasmando momentos de una forma que yo no había visto antes. Sobre todo en el fútbol se consiguen imágenes

espectaculares que me llenan de admiración por esa pléyade de veteranos y jóvenes que forman la edad de oro del fotoperiodismo actual. Los fotógrafos de ahora no llevan corbata, a diferencia de los de mi época, pero son cultos y tienen una gran personalidad.

Para finalizar esta breve introducción, deseo expresar mi agradecimiento a Tempora e a Ediciones La Librería, y en especial a María Jesús Montes y a Nano de Gabriel, artífices de este libro: no podré nunca pagar la deuda que contraigo con vosotros. Os debo mi felicidad a esta tardía edad. También, a mis colegas Luis Milla, Marisa Flórez y Juan Miguel Sánchez Vigil por los textos que han aportado para este libro. Me habéis emocionado.

Además, quiero dedicar estas últimas líneas a mi maravillosa familia. Primero, tuve la fortuna de tener a mi madre y a mis hermanas. Y después a Consuelo, la esposa a la que tanto debo, que casi puedo decir que crió sola a nuestros tres hijos por mis interminables jornadas de trabajo. Estos tres hijos, de los que me siento muy orgulloso, se han convertido en seis al casarse y entre todos me han dado, como colofón, seis súper nietos que me han llevado a la plenitud de mi vida. A todos, muchas gracias.





Luis Milla actualmente reside en Francia. En esta fotografía le vemos en Madrid, en la zona de Puerta de Hierro, durante una entrevista para el diario *Informaciones* con el general Juan Domingo Perón y su esposa, María Estela (Isabelita), un día antes de que ambos regresaran a Argentina para, como le dijeron a Milla, «recuperar el poder», como finalmente sucedió. Año 1972.

# AQUELLA ÉPOCA DEL DIARIO YA

por Luis MILLA

Corría el año 60 cuando coincidí con el señor Santos Yubero cubriendo una información, y en ese momento me hizo una oferta laboral. Yo acepté enseguida porque, entonces, Santos Yubero era un nombre destacado en la fotografía de prensa. Me citó en el «despacho» de su casa para empezar a trabajar como su ayudante en el *Ya*. Cuál fue mi sorpresa cuando al llegar al número 38 de la calle de la Cabeza me topé con una casa antigua del barrio de Lavapiés. Al entrar a lo que era el despacho de trabajo, que constaba de una mesa de colección y cuatro sillas, me encontré por primera vez con Gabriel Carvajal y Lucio Soriano. En voz baja, para que no le oyera el «jefe», que estaba aún en su habitación contigua al despacho, Gabriel Carvajal me contó la realidad que había. En ese instante, con sus palabras y lo que veían mis propios ojos, «se me cayeron los palos del sombrero», como se dice vulgarmente.

A partir de entonces, todas las mañanas a las diez, se juntaba allí «el trío». Sobre las once menos cuarto, aparecía «el mandamás», en bata y pijama, con los periódicos del día ya leídos y marcados, criticando las informaciones hechas por nuestros competidores de la prensa de Madrid. Después, Santos Yubero distribuía el trabajo y se marchaba para dedicarse a su higiene personal.

Fueron muchas las horas que pasé con mis compañeros en aquel «despacho-guarida», casi sin poder

hablar. Después de comer, nos reuníamos en el periódico, en el espacio reservado a los reporteros gráficos, y revelábamos los trabajos efectuados por la mañana. Sobre las seis, aparecía el señor Santos Yubero. Si había que cubrir algo por la tarde, iba uno de nosotros –casi siempre era yo, que era su ayudante oficial–, y no había discusión con la firma que iba a aparecer al día siguiente en el diario.

En esos ocho años que permanecí junto a Lucio y Gabriel tuvimos tiempo de consolidar una buena amistad. Aunque, la verdad, la relación de los tres algunas veces era un poco tensa por culpa del jefe, y el que salía perdiendo siempre era yo.

De Gabriel, debo decir que todo el tiempo que trabajé con él, y luego también, me pareció un hombre callado, discreto, amable, un buen amigo y compañero. Por su forma de ser, aceptaba mejor que Lucio Soriano las impertinencias de Santos Yubero. Lo hacían porque eran empleados de la Editorial Católica y Yubero, el redactor jefe. Gabriel, además, siempre ha sido un profesional muy seguro. No recuerdo nunca que fuese a hacer una información y tuviese un fallo y, por lo tanto, llegara al despacho sin ella.

Gabriel se especializó en la fotografía de toros, un trabajo importante, sobre todo para la revista *Dígame*. Únicamente los días de ferias o corridas de relevancia acudía Yubero a la entrada que tenía el periódico, abonada en la contrabarrera del 9. Gabriel, en cam-

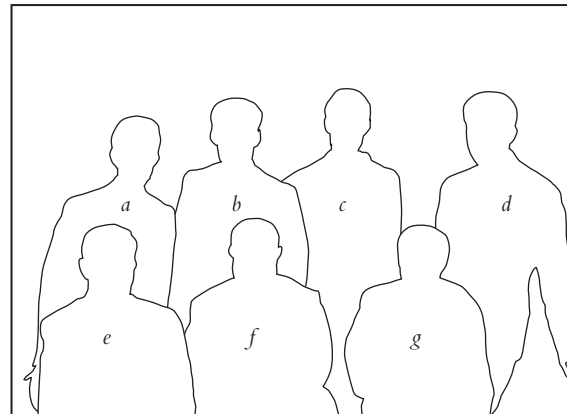
bio, iba a una localidad que a Santos Yubero le regalaban, a un tendido alto para captar las cuadrillas; los personajes en barrera, los inmortalizaba dando un paseo por el callejón. En cuanto a Lucio Soriano, tenía la misión de hacer el fútbol; y Luis Milla, lo que hubiese ese día festivo... El martes salía el periódico con cuatro o cinco fotografías firmadas todas por Santos Yubero, capaz de estar en tantos sitios distintos a la misma hora...

Poco a poco, Gabriel y Lucio se fueron haciendo más fuertes en sus posiciones de empleados fijos y el director del *Ya*, el señor Morcillo, con su buen hacer,

ordenó que cada uno firmara las imágenes de su autoría a partir de 1960. En lo que a mí respecta, en el año 1968 me di de baja como ayudante de Santos Yubero.

Aunque me hubiera parecido mejor que este libro se editara cuando a Gabriel se le concedió el Premio Nacional de Periodismo, en 1982, su publicación me parece una magnífica noticia (yo soy muy refranero y opino eso de que «nunca es tarde si la dicha es buena»). Y es que de él, que me hace el honor de distinguirme con su amistad hasta el día de hoy, podría seguir diciendo muchas cosas más... y todas serían buenas.

Fotógrafos de una época... José Cuadrado (*a*), Lucio Soriano (*b*), Luis Milla (*c*), Gabriel Carvajal (*d*), Manuel Sanz Bermejo (*e*), Martín Santos Yubero (*f*) y Alfredo Anguita (*g*).





Grupo de fotógrafos en el Congreso. De izquierda a derecha: Raúl Cancio, Marisa Flórez, Manuel Hernández de León, Manuel Barriopedro y Gabriel Carvajal. 17-09-1980

